

Chile, Argentina, Uruguay...

CORTAZAR: "MUCHAS ESPERANZAS SE HAN VISTO FRUSTRADAS"

PARIS. 9, rue l'Eperon. Entre el bulevar St.-Germain y St.-Andrés des Arts. La entrevista con un Cortázar en pleno «sarpullido» político, como ya me habían adelantado algunos amigos de París, podía ser reconfortante en medio de ese irrecognocible Barrio Latino, alargándose entre dos sábados consecutivos de agitación y enfrentamientos entre manifestantes y policía: rue de la Harpe, St.-Séverin, confluencia de St.-Germain con St.-Michel, rue St.-Jacques, y en el centro, la pregunta de esos cuatro periodistas de «Le Nouvel Observateur»: «¿Quién provoca a quién en las calles del Barrio Latino?». Pero el Cortázar político no hablaría de Francia; hablaría de Chile, Uruguay, Argentina y sólo mínimamente de literatura. Se trata de un Cortázar que si bien nunca ocultó su rostro político, ahora parece alejarse cada vez más de aquel porteño de «Torito», de aquel admirador de Borges, traductor impecable de Poe, o autor, incluso, del monumento «Rayuela». El «Libro de Manuel» apuntaba ya la actitud de este escritor argentino que en la actualidad parece agitarse entre el total compromiso ideológico y, esa especie de escozor político del que llega por primera vez a la Universidad. Una sola obsesión actual: Chile. Curiosamente, Argentina parecía quedar lejos...

—¿Ya hizo usted una prueba?
—Sí, sí.

—Hay que hacer siempre una prueba, porque son muy traidores estos aparatos. La aguja se mueve y todo eso, y luego escuchamos y no sale nada... Además, es increíble cuando uno se escucha en esta clase de entrevistas... Hay cantidad de cosas que se dicen así... y luego parecen como superfluas, o al menos la manera de decirlos. No sé, palabras de sobra o algo como eso. Bueno. ¿De qué hablamos?

CHILE

—¿Le parece que hablemos del libro sobre Chile en el que ha trabajado estos últimos meses?

—Me parece bien, porque creo que en estos momentos, de entre todas las preocupaciones que tengo, ésa es la dominante...

—¿Me puede dar una idea del libro? Está terminado ya y lo editará Gallimard, ¿no es eso?

—Eso es. Bueno, usted sabe que, en general, toda Europa ha reaccionado muy positivamente frente al caso chileno. Creo que



Perón volvió y la situación se precipitó. Yo me di cuenta ya estando allí (en Argentina) que la palabra peronista era un poco lo que nosotros llamamos una valija de turco, en la que hay peines, jabones y perfumes, todo mezclado...

José Luis Jover

ha habido una gran solidaridad con aquel pueblo y una especie de condenación unánime de los procedimientos de la Junta y su filosofía, si se puede emplear así la palabra filosofía sin insultar a los filósofos...

—Aquí, en Francia, concretamente...

—Aquí, en Francia, la reacción fue muy favorable. Mire, a mí me emocionó mucho aquella manifestación de pintores que llevó el nombre «Viva Chile», y que consistió en una venta de cuadros donados por esos pintores con el fin de obtener fondos para ayudar a los refugiados chilenos u otras cosas vinculadas igualmente con Chile. A muchos nos pareció esto bastante estimulante como fenó-

meno. Los escritores fuimos entonces a dedicar libros, que se vendían a un precio de fantasía; la gente los compraba por el doble o el triple de su valor.

—¿Qué libro suyo se vendía allí?

—Ah, esto forma parte de una anécdota que a mí, personalmente, me conmueve. Cuando estuve en Chile por última vez, en el momento de las últimas elecciones, que ganó la Unidad Popular, es decir, a fines de febrero del setenta y tres, la gente de la editorial Quimantú, que estaba haciendo un trabajo formidable de ediciones populares, me pidió que les dejase editar un librito de cuentos míos, una antología de cuentos que se iba a vender en los

quioscos al precio de un paquete de cigarrillos. Es decir, que se trataba de combatir toda la mala literatura de tiras cómicas más o menos yanquis en traducción española, toda la literatura tipo Corín Tellado, que hace estragos en nuestros países, como supongo que los hará en el suyo, y tratar de ir convenciendo a los chilenos de que leyesen libros más interesantes, pero sin asustarlos en el plano cultural, sin dar a esos libros la apariencia de edición imponente; pequeños libros que incluso podrían comprar por equivocación. Bueno. A mí me pareció muy bien la idea y les hice una antología. Entonces, ellos, por razones obvias, pusieron como texto dominante de este librito un cuento mío que se llama «Reunión», y cuyo personaje es «Che-Guevara», cuento que daba título a la edición. Finalmente, esos libros fueron quemados en los días inmediatamente posteriores al golpe, puesto que los libros, todos los libros que sacaron a la calle, fueron divididos, «grosso modo», en marxistas y no marxistas, y se suponía que el mío debía serlo por aquel cuento.

—Esa edición, pues, desapareció... Pero retomemos el hilo. Es decir, París, la manifestación «Viva Chile», la venta de libros en favor de los refugiados...

—Sí; entonces yo me quedé únicamente con los diez ejemplares de «Reunión» que me correspondían por contrato. Esos ejemplares, que ya eran una curiosidad bibliográfica y que los tenía yo aquí en París, los llevé a la exposición pro Chile y me quedé solo con uno. Pues bien, ese librito, que en principio costaba lo que un paquete de cigarrillos, la gente lo compró en cinco minutos, pagando un precio de fantasía.

—¿Qué relación guarda todo esto con el libro sobre Chile?

—Bueno, todo esto es conmovedor, y dada la reacción de los franceses ante el fenómeno de Chile, se nos ocurrió a unos cuantos amigos, aquí en París, que tal vez era el momento de hacer una especie de libro negro sobre Chile. Y ello por lo siguiente: porque el lector medio francés, un poco el hombre de la calle, tiene sobre Chile sólo esa información periodística, que, como usted sabe muy bien, es una información fragmentaria, con grandes huecos, etcétera.

—¿Qué datos aportaría este libro y qué relación guarda con los ya conocidos de Touraine, Uribe o las mismas conversaciones de Debray con el Presidente Allende?

CORTAZAR

—Esos libros son excelentes, pero muy especializados; por eso hablé del francés medio. Así, el libro de Uribe se refiere concretamente a la Intervención yanqui en Chile, como el de Touraine, «Vida y muerte de una democracia», es un libro magnífico de un sociólogo, pero apunta demasiado alto, es un libro para un lector más exigente, más selecto. Por eso decía que faltaba un libro negro que tuviese para el lector medio una documentación fidedigna sobre lo sucedido, pero además algunos elementos de juicio para explicar la destrucción de una democracia.

—Parece ser que el libro no irá firmado...

—Sí y no. En realidad, decidimos hacer el libro de una manera anónima y colectiva; bueno, no anónima, puesto que nuestros nombres aparecen todos por orden alfabético. Se trata de un equipo sin división jerárquica, en donde todo el mundo colabora: desde dar los materiales hasta traducirlos al francés, escribir a máquina, etcétera. Después, unos cuantos coordinamos todo eso, nos dividimos algunos capítulos por especialidades: reforma agraria y económica, que es cosa difícil de entender, hay que explicarse; la Iglesia y sus relaciones, bastante ambivalentes antes y después del golpe; la intervención yanqui, el Ejército, etcétera. Bueno, y luego todo lo demás, toda la documentación sobre las torturas, los fusilamientos, las desapariciones, la violación de derechos humanos. En el libro se ha trabajado durante dos meses y medio. Más o menos, es todo lo que le puedo contar. Colaboran los mismos Régis Debray y Alain Touraine, en la medida que nos han facilitado la utilización de su material; el chileno Raúl Silva Cáceres, Saul Yurkievich, el paraguayo Rubén Barreiros, el también chileno Miguel Rojas... Alguno se me queda en el tintero... El libro lo publicará Gallimard en su colección «Témoignages».

ARGENTINA

—Dejemos Chile y pasemos a Argentina, tema claramente tocado, en su plano político, en el «Libro de Manuel». Pero esto era antes del triunfo justicialista, que usted deseaba como vía posible hacia el socialismo de su país. ¿Cómo ve ahora ese peronismo inclinado a la derecha y al propio Perón invitando a que se vayan a los peronistas que no estén contentos con la línea peronista actual? Incluso me atrevería a preguntarle si a usted, particularmente, no le toca más de cerca el ac-

tual fenómeno argentino que el chileno...

—Bueno, creo que la actual situación argentina es muy ambigua.

—¿Cómo ambigua?

—Sí, creo que muchas esperanzas se han visto frustradas, pero no definitivamente, y es obvio también que el actual gobierno ha dado un golpe de timón hacia la derecha muy marcado.

—¿Puede matizar aquí el término derecha?

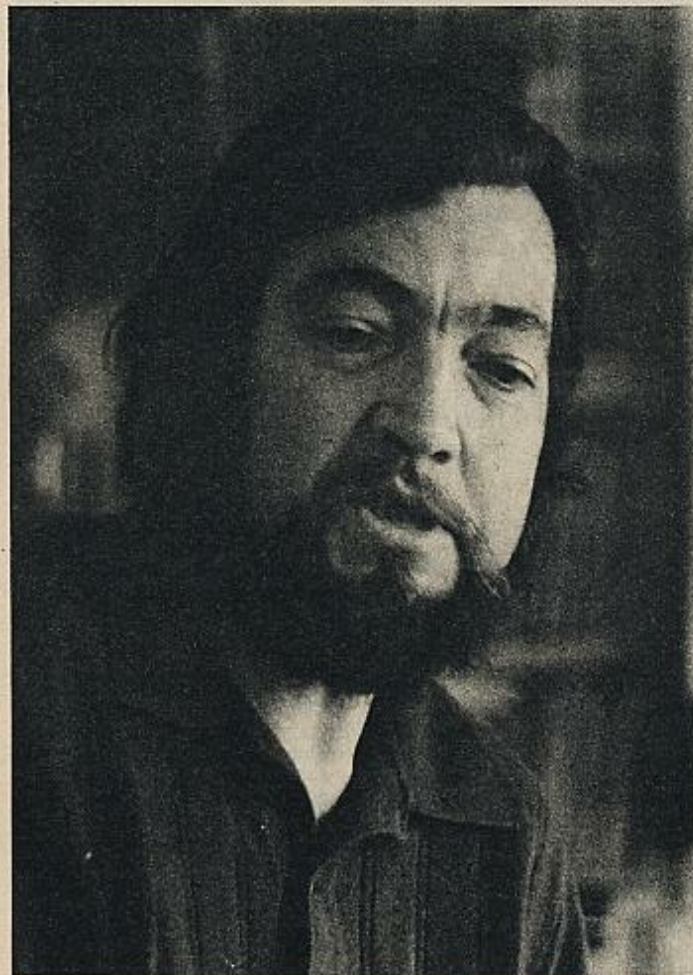
—Sí. En realidad, cuando digo la derecha estoy utilizando una palabra que no tiene demasiado sentido en el contexto argentino, como no sea con relación a una extrema izquierda. Es decir, que se da el caso paradójico de que la izquierda y la derecha siguen autocalicándose de peronistas.

—Pero es la izquierda la que

pasa a la clandestinidad y no la derecha...

—Sí, supongo. De todas formas, ambas siguen enfrentándose en nombre del general Perón, lo cual, ya en el plano de lo lógico, parece casi uno de esos estudios de Lewis Carroll sobre la lógica o sobre la falta de lógica. Sin embargo, yo creo que hay una lógica bastante profunda detrás de todo esto. En realidad, no creo que sea el momento de hablar de la política argentina, me refiero a mí, porque estoy muy mal informado. Es muy difícil aquí, en París, tener una información de primera mano. Recibo diarios y cartas de amigos donde se habla de la situación, pero la información no es completa. Es más fácil hablar de Chile, donde la situación es definida, clara. En fin, no sé, yo tengo la impresión de que las definiciones se van a producir bas-

Decidimos hacer el libro (sobre Chile) de una manera anónima y colectiva. Se trata de un equipo sin división jerárquica, en donde todo el mundo colabora...



tante pronto. No creo, además, que Perón se vaya a quedar mucho tiempo en la Argentina. Se habla de una estancia en Brasil y después en España, y es posible que ese misterioso viaje de López Rega a Brasil tenga que ver algo con todo esto.

—¿El «Libro de Manuel» era realmente un libro peronista?

—Bueno, mire usted, aquí tocamos el problema del vocabulario. No olvide que en el «Libro de Manuel» se habla mucho de vocabulario, del buen y el mal uso del vocabulario; a veces, concretamente, del vocabulario erótico, y, por extensión, también del vocabulario político. Yo estuve en la Argentina en ese momento en que apareció el «Libro de Manuel», porque un libro como ése no se puede escribir en Francia y quedarse aquí. En el momento en que el libro salía había que estar allá, dar un poco la cara, y además yo quería donar los derechos para la causa de los prisioneros políticos. De modo que fui allá. Fue una excelente experiencia. Era el momento de la gran esperanza.

—¿Cree usted realmente que el momento Cámpora era el momento de la gran esperanza argentina?

—Sí, creo que sí. Cámpora era el que se suponía que tenía que permanecer en el poder durante un año, tras de lo cual Perón volvería...

—Pero el golpe hacia la derecha se produjo rápidamente.

—Sí, el golpe hacia la derecha empezó casi en seguida. Perón volvió, y la situación se precipitó. Yo me di cuenta ya estando allá que la palabra peronista era un poco lo que nosotros llamamos una valija de turco, en la que hay peñes, jabones y perfumes, todo mezclado. Era bastante perceptible que había una enorme confusión. La palabra peronista significaba, por un lado, peronismo con Perón, y significaba también la esperanza de un socialismo, un socialismo eventualmente con Perón, y en última instancia, más allá de Perón.

—El llamado «socialismo nacional».

—Sí, un camino a eso que se llamó, un poco lógicamente, «socialismo nacional», puesto que la palabra socialismo, en la Argentina, sólo es aceptada por los miembros del partido socialista, que es más que minoritario. Socialismo es casi una mala palabra, en general, en la Argentina; tiene connotaciones de extranjería, referencias a lo foráneo, y al criollo no le gusta, del mismo modo que la palabra marxista también es una mala palabra para el pueblo argentino. Entonces, yo no acepto que se diga que el «Libro de Manuel» era un libro peronista; era



«Una cuestión de vocabulario: el "Libro de Manuel" no es un libro peronista...»

un libro que defendía la izquierda no sólo argentina, sino latinoamericana, y no sólo en la figura de algunos que hacen la guerrilla, sino, incluso, en aquéllos que por vía reformista van hacia el socialismo; la línea de Allende en Chile. Era ésa la intención general del «Libro de Manuel»; incluso sabe usted que en alguna página del libro hay alguna alusión irónica a Perón como persona.

—¿Y no parecería desprenderse del «Libro de Manuel» que por medio de ese peronismo eventual y un posperonismo, Argentina alcanzase la cota de ese «mundo nuevo» creado por ese tipo de «hombre nuevo» —como se dice en la novela— que es Manuel todavía niño?

—Pues verá: esa pregunta parece que se me hace como si yo fuese Lenin o Fidel Castro, o cualquier gran teórico de la política o conductor de pueblos, y no es mi caso...

—Claro. Era por utilizar la propia expresión que aparece en el libro, y el libro hablaba de la Argentina y de su presente y su futuro político...

—He dicho muchas veces que yo no soy más que un novelista y que no entiendo nada de política ni de geopolítica, pero sí, en cambio, creo que tengo una idea bastante definida de lo que entiendo debería ser humano y de lo que no es todavía, y es en esa medida que empleo la noción de «hombre nuevo». Manuel, que es un niño en ese momento, es un poco la esperanza de ese «hombre nuevo», en la medida en que tal vez a él le toque entrar en un momento de la evolución histórica más favorable que el contemporáneo. Ese «hombre nuevo» yo lo veo dentro de un contexto de vida socialista, en donde la explotación de las mayorías por las minorías más o menos selectas en todos los planos esté terminada, y en donde, además, la serie de posibilidades que hay en el hombre y que él no ha realizado todavía se manifiesten, se extremen, lleguen a su diámetro máximo. Quiero decir que, para mí, el «hombre nuevo» es un hombre liberado de tabúes, de prejuicios, de explotación; todo esto, claro, dentro de la relatividad histórica, por supuesto, porque si no, parecería una visión absolutamente edénica, y, por tanto, ingenua. Yo sé muy bien que nunca habrá el hombre tal y como yo lo concibo, digamos ideal, pero creo también que se puede alcanzar una etapa frente a la cual nosotros, usted y yo, hablando aquí hoy, seamos realmente hombres de las cavernas, con relación a lo que puede llegar a ser el hombre en todos los planos. Ahora bien, el «Libro de Manuel», vuelvo a

repetir, no es ningún libro político ni filosófico, y entonces son más bien imágenes, atisbos de lo que yo desearía ver en el hombre del futuro, digamos en el pequeño Manuel cuando sea grande.

—Sin embargo, e incluso dado el material periodístico que recoge el libro, la transcripción de informes sobre torturas, etcétera, el libro se esperaba en Argentina como un libro para ser leído desde una óptica política, y así sucedió efectivamente.

—La acogida fue excelente, para mí, por lo siguiente: porque fue leído con mucho interés y de una manera muy polémica y muy viva por la gente; digo la gente. Hubo un fenómeno que a mí me conmovió: cuando el libro salió, hubo comentarios vinculados con el hecho de que yo había ido a una de las centrales sindicales para celebrar un acto en el que cedí los derechos para las comisiones que se ocupaban de defender a los presos políticos. Eso, desde luego, hizo que cuando el libro apareció, mucha gente que no lee novelas o que lee pocas novelas, pero que están muy metidos en la política, y sobre todo una buena parte de la juventud peronista —línea que entonces se guita Cámpora—, se

precipitase sobre el libro. Este libro, en este sentido, se leyó, pues, como si se tratase de un libro político. Claro, se llevaron una gran decepción, porque se encontraron con una novela. Algunos se llevaron una decepción, y otros, en cambio, comprendieron muy bien que se podía leer una novela que al mismo tiempo tuviera un contenido, que fuera lo que se da en llamar un libro comprometido, esa palabra tan mal entendida generalmente. Con respecto a la crítica de Buenos Aires, creo que, con muy pocas excepciones, se mostró particularmente ciega. Tenga en cuenta que una gran parte de la crítica argentina sigue en manos de gente muy reaccionaria: el viejo liberal; entonces, normalmente, atacaron el libro, sosteniendo que era una lástima que un novelista que había escrito novelas que a ellos les habían agradado se lanzara por campos políticos.

—¿Qué opinó la crítica exclusivamente política?

—Algunos de ellos dijeron que no se puede escribir una novela con temas políticos. ¿Ve usted? Por lo demás, todo esto estaba previsto por mí en el comienzo del libro. Por lo tanto, digamos

que en el nivel de la crítica no pasó nada, pero sí en el nivel de la lectura. Y hubo una cosa muy conmovedora, y es que cuando el libro salió y apareció en las librerías, al cabo de una semana, los vendedores de revistas y diarios, cansados de que la gente les pidiera el libro a ellos, lo solicitaron del editor y lo pusieron a la venta en los quioscos. Eso, para mí, fue un fenómeno muy estimulante. No olvide usted que en nuestros países, no sé cuál es el caso de España, hay gente que tiene miedo a entrar en una librería; hay obreros, labradores, campesinos, que tienen interés en leer, pero que tienen una gran timidez de entrar en una gran librería porque alguna vez los han tratado mal o le han pedido un consejo al librero y el librero los ha mirado así un poco raro o les ha dado cualquier cosa; cuando ven un libro en un quiosco, eso es la casa de ellos... Pero, bueno, hablemos de otra cosa...

—¿Conoce el libro de Edwards que toca el tema cubano?

—Conozco a Edwards, pero no conozco el libro. El libro está llegando a París, me lo han pasado anteanoche y no he tenido tiempo de leerlo; conozco sólo comentarios sobre el libro, y confieso que desconfío de los comentarios que se hacen sobre un libro muy cargado políticamente, porque pueden ser malintencionados en un sentido o en otro, de modo que me reservo la opinión hasta haberlo leído. ¿Lo leyó usted?

—Sí, lo lei.

—Dígame su opinión.

—No sé si ha sido un libro oportuno. Me parece que un escritor, un intelectual, un Edwards, corre un poco el peligro de mirar la realidad cubana como a través de un caleidoscopio... Es sólo una opinión telegráfica, claro.

—Mire, me interesa eso. A través de esa opinión telegráfica, usted me hace pensar en la actitud de muchos intelectuales franceses que han estado en Cuba y que luego han tenido opiniones muy, muy críticas, negativas, con respecto al fenómeno cubano. Pero creo que si uno escarba un poquito, descubre que, en realidad, esa gente se limitó a mirar el proceso cubano desde un sector muy limitado, muy clasista, clasista e intelectualista, diría. Es decir: los señores que no se movieron de su hotel de La Habana y hablaron con otros intelectuales cubanos más o menos vinculados con el proceso revolucionario, pero no entablaron un diálogo con los guajiros, con los alfabetizadores, con las brigadas artísticas que van por todos lados, con la gente de la calle...; entonces es muy difícil

¡Sí a Mini!



Mini aparca en huecos que parecen imposibles. ¡Palabra! Y es que Mini ha conseguido incluir, en el tamaño de coche más pequeño de España, cuatro amplias plazas, detalles sofisticados y una personalidad única. Disfrute Mini: el estilo de los grandes.

Noticias:

Mini aumenta sus colores, su confort y su potencia, pero mantiene su miniprecio y consumo.

Nuevo Mini 1000 LS: ¡55 CV! Véalo en su Concesionario Leyland Authi.

Ahora, su Mini con la mejor garantía de España: 1 año ó 20.000 km., incluyendo repuestos y mano de obra.

Desde 97.800 hasta 119.300 ptas. f. f.

También financiación Sefiauthi.



Mini
el más grande

CORTAZAR

nacerse una idea objetiva y justa, ¿no le parece? De todas formas, ya le digo que no he leído el libro todavía. Podemos hablar de otras cosas.

URUGUAY

—¿Solzhenitsin y Onetti?

—Bueno, verá usted: vivimos una época en que, a pesar de la buenas voluntad que podamos tener, o hablo por mí solamente, uno tiene que especializarse. Yo, concretamente, estoy obligado ahora a ocuparme de los problemas latinoamericanos y ocuparme todo mi tiempo. Entonces, sobre el caso Solzhenitsin conozco solamente lo que puedo leer en «Le Monde» todas las tardes, y no es suficiente como información, porque sé muy bien las deformaciones que hay en estos planos. En cambio, sobre lo que pasa en Uruguay sí tengo la información necesaria. Usted conoce lo que ha sucedido con Onetti. El caso es que han metido en la cárcel a esta gente, al fundador de «Marcha», Quijano; al secretario de Redacción, Alfaro, y a los miembros del jurado que premió «El guardaespaldas», el libro de ese muchacho, salvo a Jorge Ruffinelli, que no estaba. Bueno, es delirante. O mejor, no es delirante, ojalá lo fuese, porque yo pienso en los beneficios del delirio a veces; en ocasiones es más lógico el delirio que la lógica pura, pero esto no tiene nada de delirante, esto es una maniobra fría y maquiavélica; esto es sólo una maniobra para liquidar la revista «Marcha», que era la única que quedaba en el Uruguay, que, dentro de las posibilidades, seguía defendiendo la causa democrática. La revista había sido ya suspendida algunas veces, lo que significaba iría liquidando lentamente, ya que cada vez que la suspendían se creaba una situación económica terrible, puesto que «Marcha» es muy pobre; el personal se quedaba ahí colgado..., y ahora ya está liquidada definitivamente, con ese pretexto innoble de acusar de pornográfico al autor del cuento y a los miembros del jurado que lo premió. Son todos pornográficos y han ido todos a la cárcel por eso. Comprende usted que si no fuese tan trágico sería para divertirse, y espero que a Onetti, que tiene un gran sentido del humor —y ojalá, si usted escribe esto, ojalá pueda leerlo—, eso le sirva de diversión; él se debe divertir mucho pensando que está preso por pornográfico... Hablaba usted de Solzhenitsin y de cómo la prensa occidental ha elevado hasta la saciedad el pendón libertario de este escritor, sin ocuparse del caso Onetti. Natural-

mente, estoy de acuerdo con usted. Yo he enviado ahora a «Le Monde» unas cuartillas sobre esto, y espero que las publique. Creo que nosotros, los latinoamericanos, debemos recordarle a los europeos este caso escandaloso y la existencia de ese país llamado Uruguay. Bueno, cosas sabidas...

—¿Le parece que hablemos de literatura?

—Como quiera.

—¿Qué escribe ahora?

—Absolutamente nada literario, porque, como le dije, la redacción de este libro sobre Chile me ha llevado todo mi tiempo. De todas maneras, he tenido la suerte de terminar un tomito de cuentos que va a salir en el mes de mayo y que va a publicar Alianza con el título de «Octaedro». Veremos cómo cae en su país.

—¿Qué conoce de la literatura de mi país?

—Por culpa de mi amigo Carlos Barral la conocí un poco a la fuerza, aparte de lo que yo leo por mi placer. Como sabe, fui miembro del jurado del premio de Carlos, quien me mandó nada menos que así como tres mil páginas para leer. Así pude conocer, por ejemplo, a una autora que yo defendí bastante, Ana María Moix, y algún otro... Aparte de esto, mire, yo leí un libro que me viene ahora a la memoria y que me pareció verdaderamente formidable, «El roedor de Fortimbrás», de Gonzalo Suárez. Me parece que es un libro escrito con un sentido del humor que falta en nuestras letras, y cuando digo nuestras letras me estoy refiriendo a las españolas y a las latinoamericanas. Falta, creo que falta el humor. El humor sigue siendo todavía un coto de caza anglosajón. Luego tengo ganas de leer esos dos tomos de García Hortelano, pero no he tenido tiempo aún; es un hombre adorable. Bueno, sé poco de esto, como le decía. También he leído algo de Benet, a quien he conocido ahora aquí, en París. Leí «Volverás a Región», y creo que me interesaron mucho las intenciones de ese libro. No sé... no sé qué más decirle sobre esto...

—¿Volvemos a Argentina?

—De acuerdo, aunque le repito que me falta información. Creo que tanto usted como yo sabemos poco más o menos, por la prensa o por las noticias que nos vienen de allá.

—Me va a permitir que insista en preguntarle por aquellos momentos en que el justicialismo tomaba de nuevo el poder...

—Ya le dije que creo que el momento Cámpora era el momento argentino. Lo creo no por la figura de Cámpora, que no era

más que un elemento de transición, y como todos los elementos de transición, sumamente pasivo; además, honestamente reconocido por el propio Cámpora. El estaba allí, como él mismo declaró, por la voluntad de Perón; era un soldado de Perón y haría lo que correspondiera jerárquicamente en el momento en que Perón lo dijese, cosa que sucedió, desgraciadamente, mucho antes de lo previsto teóricamente, incluso previsto por Perón, que había calculado el plazo de un año. Pero es evidente, y de ahí mi optimismo, que todavía perdura, la fuerza que tomó el movimiento hacia el socialismo acaudillado por los jóvenes, un movimiento que incluso forzó a Perón a acelerar su vuelta y frenar ese movimiento que amenazaba desplazarlo vertiginosamente. Bueno... ¿Y qué interés tiene usted en hablar de la Argentina!

BORGES, AMÉRICA LATINA

—Borges.

—Ya me extrañaba que a esta altura de la charla no se hubiese citado a Borges. ¿Cómo se le ocurrió de repente? Yo creo que la mejor cita con Borges en este momento, el mejor servicio es, justamente, no acudir a la cita, haciendo un mal juego de palabras. Dejarle tranquilo. En fin: en todo caso, Borges se ha jubilado, ya no es más director de la Biblioteca Nacional y está en su casa, donde puede seguir escribiendo sus cuentos y sus poemas sin que nadie le moleste.

—¿Qué piensa de ese Borges que dice al comienzo de «El informe de Brodie» que «me he afiliado al Partido Conservador, lo cual es una forma de escepticismo», ese Borges que hace declaraciones políticas?

—Pues verá: cualquier cosa que Borges dice, tiene una enorme repercusión; por lo tanto, su responsabilidad es máxima, porque si el que dice ese tipo de paradojas las dice en un café y sabe que no pasan de un grupo de amigos, bueno. Si usted quiere, en alguna medida uno puede ser bondadoso y pasarlo por alto. Pero cuando alguien como un Jean-Paul Sartre, o un Jorge Luis Borges, o cualquiera de esos hombres cuya palabra se transmite a todo el planeta en cinco minutos, dice algo, ese algo tiene que saber que lo está diciendo y por qué lo está diciendo. Entonces, frente a la tragedia latinoamericana,



frente a lo que significa la explotación de la América Latina por los norteamericanos, decir las cosas que Borges dice en defensa de los Estados Unidos, eso me parece imperdonable.

—Estados Unidos y América Latina. Hace unas semanas se celebró en Méjico la cumbre de Tlatelolco entre Kissinger y los veinticuatro cancilleres latinoamericanos. ¿Puede decirme su impresión sobre esta reunión?

—No sé si puedo decir mucho sobre eso, sólo que tengo la impresión de que, de todas maneras, la reunión prueba, entre varias otras cosas, que la revolución cubana no ha sido inútil para el destino de América Latina. Muy al contrario. Cuba, oficialmente ausente de esa reunión, es, psicológicamente, la gran presente allí, porque es la que ha condicionado una serie de actitudes de los cancilleres latinoamericanos, que piensan en revisar muchas opiniones y en tener en cuenta lo que despreciaban o dejaban caer hace ocho o nueve años. Veremos... Y qué barbaridad, habíamos de casi todo, ¿no cree? Vamos a ver: hemos pasado revista a la historia del libro chileno, que me interesaba que usted lo mencionara porque, además, es una manera de promocionarlo, como dicen los editores...

—No me dijo el título, por cierto...

—Es verdad. Es «Chili: le dossier noir». Ah, se me olvidaba: sería bueno quizá agregar eventualmente, y es obvio decirlo, que los derechos de autor de este libro están todos destinados a la causa chilena. Bueno, y hemos hablado de esto, hemos hablado de lo de Onetti, que a mí también me interesaba; un poco del «Libro de Manuel» de la Argentina y de Juan Benet. Hay un buen material, ¿no? ¿Me va a hacer fotos? Bueno, adelante. ¿Le parece que me sienta aquí que hay más luz, con este cronopio de fieltro? ■ J. L. J. Fotos del autor de la entrevista.